

Chapultepec: un bosque atrapado en la ciudad

Rafael Vargas

Alternativa e indistintamente, se habla de Chapultepec como bosque y como parque. La importancia de tal imprecisión se antojaría mínima, pero está en la raíz de una confusión deplorable. No es cuestión de puntillosidad en la nomenclatura, no, sino de entender que entre ambos términos hay mucho más que una simple diferencia de grado. Un parque no es un bosque, aunque someramente lo evoque. Y un bosque no es un parque, por más que haya gente a la que así le parezca. El no deslindar ambos conceptos de manera categórica permite suponer que un bosque puede ser tratado como un parque, cuyo destino es ser un espacio de recreación –un jardín, en vez de privado, público– en el que suele haber juegos para niños y elementos ornamentales (flores, fuentes, estatuas), bancas para descansar y senderos para pasear y ejercitarse. Ésa es la idea que prevalece hoy cuando se piensa en ese espacio urbano, grande o pequeño, que llamamos parque.

Bosque · parque · Chapultepec · Limantour · naturaleza adelgazada

Por extensión, los urbanitas solemos pensar que un bosque no es sino una especie de parque descomunal del que, por lo general, sólo visitamos las áreas más accesibles y urbanizadas porque no queremos que se nos llenen de polvo los zapatos.

La palabra “parque”, dice Corominas en su *Diccionario etimológico de la lengua española*, tiene un origen galorrománico. El español lo adopta de la lengua francesa: el vocablo *parc*, que data del siglo XII, “significa ‘majada de ganado’, ‘sitio cercado destinado a conservar en él animales salvajes’, ‘terreno, cercado y con plantas, para recreo’. En la Europa medieval se refería a las tierras que rodeaban un castillo, de donde se generaliza a la acepción ‘terreno acotado en núcleos rurales o urbanos’. Se encuentra en el castellano escrito desde comienzos del siglo XVII. De entonces a la fecha se ha generalizado su aplicación, y hoy es palabra muy conocida en las ciudades”.

“Bosque”, en cambio (explica Corominas), llega al castellano del catalán, pero es una voz de origen incierto cuyo uso se extendió en el ámbito germánico y, a diferencia de lo que ocurrió en otras lenguas románicas, en la nuestra se impuso por encima de la voz latina *selva* (que ahora suele asociarse con los trópicos) y de la descendiente del francés antiguo *forest* (hoy *forêt*), que en nuestro idioma da origen a *forestal* y a *floresta*, aunque en nuestros días esta última se usa muy poco en lugar de bosque.

Empezar por repasar la definición de ambas palabras es primordial porque la confusión de conceptos propicia que la realidad “bosque” se aborde de manera equívoca y se dé por hecho que se le puede tratar igual que a la realidad “parque”, y lo cierto es que esta última no basta para comprender aquella, en el doble sentido de tal palabra.

En el caso de Chapultepec, esa confusión se ha prolongado desde hace mucho tiempo, tanto, que es difícil precisar lo, igual que es difícil precisar el daño que ha ocasionado al bosque. Hace cuarenta años José Emilio Pacheco, luego de recorrer la exposición “Historia de un bosque”, apuntó en el inventario que dedicó a reseñarla:

Este redactor tuvo el privilegio de recorrer la exposición en compañía de Miguel Ángel Fernández y la revisó con su cuaderno de apuntes. Por vez primera entendió la naturaleza de Chapultepec: *un bosque, ahora degradado a la condición de parque en agonía*, que pudo crecer porque estaba a orillas del lago y lo nutrían sus propios manantiales. En el páramo en que hemos convertido a la ciudad, Chapultepec está condenado a muerte. Sólo podría salvarlo un programa radical que incluyera en primer término grandes obras de irrigación. No se trata nada más de res-

catar un sitio histórico y defender el derecho del ser humano a la belleza —otro de los derechos perpetuamente conculcados en México—: la operación se plantea en términos de supervivencia pues cuando los niveles de envenenamiento del aire han superado cinco veces el máximo permisible y los bosques de la cuenca han desaparecido, sólo Chapultepec nos permite seguir respirando.¹

No sólo la falta de agua, la suciedad del aire, el nulo control del cada vez más invasivo ambulante, el vandalismo, la fauna nociva, la indiferencia y la tontería de sus usuarios —que cotidianamente le siembran cinco toneladas de basura—² dañan el bosque; también lo afecta la insuficiencia presupuestal, que no permite contar con medios adecuados para limpieza, mantenimiento y vigilancia, e impide contratar equipos de científicos (ingenieros forestales, fitopatólogos, ecólogos, especialistas en fauna silvestre y en botánica) que realicen de manera sostenida los indispensables trabajos de investigación que la conservación de un bosque requiere.

Víctima de nuestra ignorancia de su verdadera naturaleza —de su valor real y de su inmensa importancia para la vida en la Ciudad de México—, Chapultepec ha sido objeto, en varias ocasiones, de obras carentes de base científica que, buscando su “mejoría”, no han hecho sino deteriorarlo.

Una de esas obras tuvo lugar en el cambio del siglo XIX al XX, cuando a Porfirio Díaz, quien veía en Francia un modelo de refinamiento y modernidad (París era la “capital del mundo”), le pareció que México necesitaba tener un “paseo” similar al que ofrecía el Bois de Boulogne, obra de Adolphe Alphand, ingeniero civil que también diseñó la avenida de los Campos Elíseos.

Díaz hizo responsable de la obra a José Yves Limantour, hombre de su confianza, ministro de Hacienda de mayo de 1893 a mayo de 1911, y éste se hizo cargo de la obra. A partir de julio de 1895 encabezó la Junta de Mejoramiento del Bosque de Chapultepec —“que en lo sucesivo será considerado como un paseo público”, según reza un documento de la

1 “Chapultepec, historia de un bosque”, *Proceso*, 168 (21 de enero de 1980), 52-53. El subrayado es mío.

2 Esas cinco toneladas incluyen basura “verde”, es decir, residuos orgánicos del propio bosque (en gran parte producto de la vegetación maltratada así como cáscaras frutales) y residuos sólidos inorgánicos (desde envases y envolturas hasta ropa abandonada). El volumen aumenta en un 50 % en periodos vacacionales. Datos proporcionados por el personal del Servicio de Mantenimiento de Áreas Verdes, de la Subdirección Técnica del Bosque de Chapultepec, en consulta del 10 de diciembre de 2021.



1



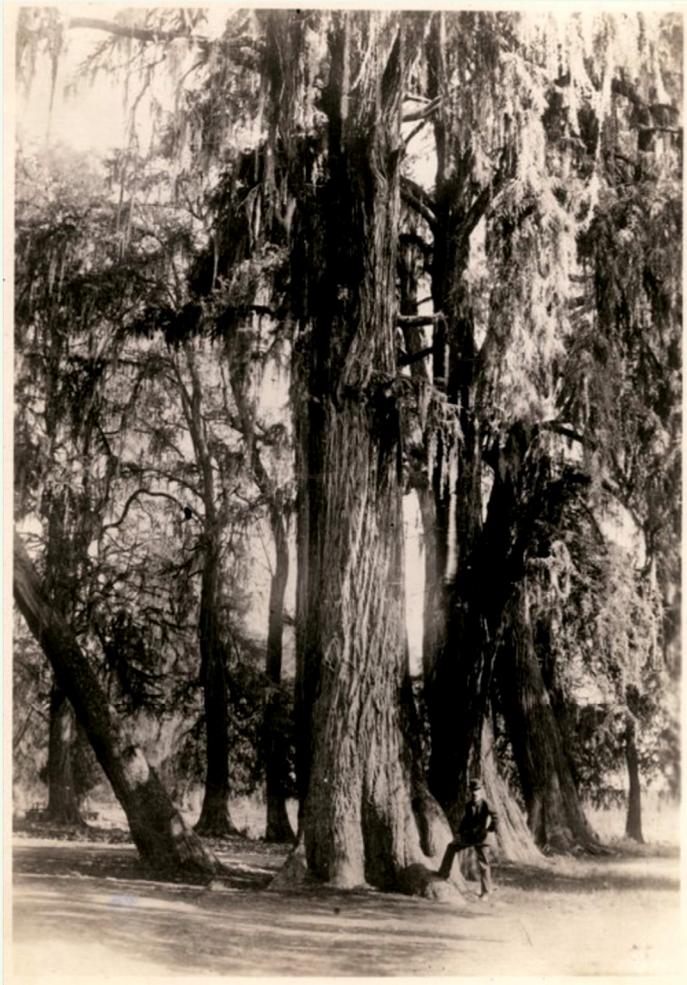
2



3

4





5



6

1 Bosque de Chapultepec. Fotografía de Alfred Briquet, 1890. Fototeca Nacional del INAH, colección Felipe Teixidor. En: <https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A389417>

2 Calle con ahuehuetes en el bosque de Chapultepec, reprografía, 1891

3 Hombre entre ahuehuetes en Chapultepec, 1895. Fototeca Nacional del INAH, colección Felipe Teixidor. En: <https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A393510>

4 Puente entre los dos lagos. Fotografía de José María Lupercio, 1911

5 Hombre junto a ahuehuate en Chapultepec. Fotografía de Alfred Briquet, 1890. Fototeca Nacional del INAH, colección Vicente Luengas. En: <https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A489016>

6 Ahuehuetes de Chapultepec, José Ma. Velasco, 1872

7 José Yves Limantour (al centro) y Vicente Luengas explican a periodistas el avance de las obras de remodelación del bosque de Chapultepec, 1908. Fototeca Nacional del INAH, colección Vicente Luengas. En: <https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A489912>



7

época—³ y dedicó diez años (y sin duda muchísimo dinero) a la realización de ese proyecto.

Limantour hace venir de Francia a Jean Claude Forestier, especialista en paisaje, quien hizo un plano de Chapultepec con un trazo casi idéntico al del Bois de Boulogne, en el que distinguió zonas boscosas de espacios libres, que delimitarían plantas ornamentales, y dio sitio a un lago artificial con islotes. Sobre esa base se organizó el proyecto de trabajo.

En su ejecución hubo acciones que se antojan laudables, por supuesto, como el acrecentar la extensión del bosque mediante la anexión de terrenos públicos por el lado oriente (Anzures) y por el lado poniente (Molino del Rey), lo mismo que la siembra de 12000 árboles, aunque éste es un punto discutible: hoy se sabe que no cualquier tipo de árbol puede sembrarse en un bosque si se busca reforestarlo, por más que logre aclimatarse. No es tan encomiable la intención con que tales acciones se llevaron a cabo: “hermosear y hacer más agradable el notabilísimo Bosque de Chapultepec [...] con objeto de formar allí las grandes calzadas y espaciosas avenidas para los carruajes y la gente de a pie, a fin de formar un nuevo paseo en beneficio de esta ciudad que tantas ventajas deberá sacar de ese importantísimo lugar de recreo, salubre y agradable”.⁴

Para abrir esas calzadas y avenidas, y dar lugar al lago artificial y los espacios abiertos, se taló una enorme cantidad de árboles con la consecuente pérdida de humedad y frescura

3 Archivo Histórico del Distrito Federal, Gobierno del Distrito Federal, sección: Dirección General de Obras Públicas, SUB: Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, SERIE: Bosque de Chapultepec, CAJA: 1, EXPEDIENTE: 5, Agosto 7 de 1895, Señores José Yves Limantour, Eduardo González Gutiérrez y Eduardo Cañas. Se les nombra vocales de la Junta á Cargo de la cual estará la Dirección de las mejoras que deban llevarse a cabo en el Bosque, foja 5. [Fuente citada en la espléndida tesis de maestría en Historia de Clara Cecilia Bolívar Moguel, “Chapultepec: Paseo de fin de Siglo. Una experiencia decimonónica”, Universidad Iberoamericana, 2013]

Es imposible no preguntarse de quién fue la idea de transformar Chapultepec en un parque de corte francés. ¿De Porfirio Díaz, quien nunca estuvo en París antes de exiliarse, o del influyente Limantour, de raigambre francesa, cuya infancia transcurrió parcialmente en París, ciudad a la que volvió en 1889 para atender problemas de salud?

No cabe olvidar, claro, que a Díaz le encantaba Chapultepec. En 1896, cuando se dio la ocasión de captar su imagen en cinematografía, Díaz no escogió Palacio Nacional como marco, sino el Bosque, en una de cuyas calzadas aparece montado a caballo. Esa es la primera película rodada en México. Chapultepec está presente en el origen del cine mexicano.

4 AHDF, GDF, SECCIÓN: Dirección General de Obras Públicas, SUB: Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, SERIE: Bosque de Chapultepec, CAJA: 1, EXPEDIENTE: 12, Octubre 31 de 1895, La Comisión encargada del Bosque presenta iniciativa para agregar al Bosque unos terrenos del Ayuntamiento de esta Capital, fojas 8 y 9.

en el ambiente (uno de los grandes e inmediatos beneficios, que se suelen olvidar, de la riqueza forestal).

Por supuesto que la belleza del paisaje también es indispensable para vivir. Pero más que “hermosear”, Chapultepec necesitaba, ya desde aquella época, ser rescatado, recuperado para su propia sobrevivencia y para bien de la capital del país. Por fortuna, el paso de las tropas estadounidenses por Chapultepec y la toma del castillo en 1847 no arrasó el bosque, pero sí lo dañó severamente y sus secuelas todavía se resentían al cabo de medio siglo. Cuando Limantour anota en sus memorias que el bosque se hallaba en un “estado absolutamente salvaje”, y que “morían por centenares los incomparables ahuehuetes que lo poblaban”, en alguna medida implicaba, aun de manera impensada, los efectos de aquel asalto. Pero el estado en que el bosque se encontraba se debía a la falta de conocimientos para resolver sus problemas. Es esencial saber combatir enfermedades y depredadores. Algo que perjudicó mucho a los ahuehuetes fue, además de la falta de agua, la abundancia de parásitos y la incontrolada proliferación de heno que, si bien no es un parásito, al infestar las ramas impide el paso del sol, debilita al árbol y lo expone al ataque de hongos. Si no se previene su propagación, es muy difícil librar de heno a árboles tan frondosos y extraordinariamente altos como los ahuehuetes. Y cabe apuntar que, en efecto, de los casi doscientos ahuehuetes que había en 1847, en 1895 quedaba sólo la quinta parte.

Limantour escribió sus *Apuntes sobre mi vida pública* entre 1921 y 1922, es decir, diecisiete años después de la conclusión de la “cirugía” a la que sometió al Bosque de Chapultepec, y por lo que escribe es evidente que se enorgullecía del resultado:

[...]quedó convertido en uno de los más hermosos parques que existen, y cuya belleza aumentará por solo el efecto del tiempo que tardan en desarrollarse los millares de árboles nuevamente plantados, entre los que se encuentran numerosas especies extranjeras que ahí se logró aclimatar.⁵

El parque floreció en detrimento del bosque. Y la aparente ganancia que ello representó para la élite amante de la civilización urbana –para la cual el parque era tanto escenario para ostentarse como emblema de su refinamiento– fue, considerando otros aspectos, pérdida evidente. Por ejemplo, el extenso lago natural que se encontraba en el lado sur (hacia donde hoy convergen las avenidas Constituyentes y Pedro Antonio de los Santos), del que da testimonio “Ahuehuetes en Chapultepec”, el

5 José Yves Limantour, *Apuntes sobre mi vida pública, 1892-1911*, primera edición (México: Porrúa, 1965), 90.

hermoso cuadro de José María Velasco pintado en 1875, fue completamente desecado. Asimismo, la fuente de abastecimiento de agua potable que el bosque proporcionó a la Ciudad se adelgazó casi hasta desaparecer. El centenario sistema hidráulico que los mexicas crearon para proveer de agua limpia a Tenochtitlán y que continuó aprovechándose durante la Colonia dejó de proporcionarla salvo a unas cuantas zonas aledañas, como la villa de Tacubaya y la hacienda de La Condesa.

Un siglo después de aquella conversión porfirista y en el umbral de una crisis climatológica que puede conducir a la desaparición de nuestra especie, nuestra idea de la trascendencia de la naturaleza ha cambiado mucho: nos alarman los incendios provocados por ganaderos y agricultores en la Amazonía en los últimos años y la deforestación a la que se ha visto sometida Siberia a causa de la voracidad de la industria maderera china, pero no damos la debida atención a la crisis forestal que México sufre por la recurrencia de plagas y la multiplicación de incendios, que para todos debería resultar escandalosa. Dentro de ese cuadro, es posible que el pobremente presentado proyecto del actual gobierno para “mejorar” Chapultepec y “enriquecer” su oferta cultural parezca bastante menos digno de preocupación. Pero es muy preocupante. Es producto de una ocurrencia, de un capricho, no de la contemplación que el Bosque de Chapultepec merece ni del saber que su estudio ha generado. Y resulta paradójico que un régimen que desea transformar la historia repita, en este caso específico, una de sus más patentes equivocaciones. Convertir el Bosque de Chapultepec en un parque lo condenó a una forma de erosión gravísima: el tránsito constante de personas que en general no cuidan lo que disfrutan. Chapultepec recibe 15 millones de visitantes al año. La alternativa deseable para atender a esos millones de personas es llenar de parques la ciudad. Eso sí que la enriquecería y mejoraría la vida de la ciudadanía. Hay que aprender a planear teniendo en cuenta el futuro.

El Bosque (así: con mayúscula) es parte de nuestra casa, y es deber nuestro preservarlo, e incluso más: éste es precisamente el momento en que debemos pensar en abolir el parque y rehabilitar el bosque para devolverle su majestuosidad y misterio —su carácter *numinoso*— y ganar la oportunidad de disfrutar de los muchos dones que puede brindarnos.

El parque es un lugar acotado, naturaleza adelgazada; el bosque es el espacio de la espesura (el significado de la palabra “espesura” es: “muy poblado de árboles”), en el que es posible perderse y ser *emboscado*. El miedo y el consiguiente deseo de dominar lo que nos avasalla nos lleva a preferir el parque frente al bosque. Lo cual es comprensible, dado que desde niños se nos ha enseñado a preferir la comodidad, pero no deja de ser una desgracia. Como niños caprichosos queremos reducir todo a la dimensión de un juguete sin advertir que ésa es la manera más segura de empobrecer nuestra vida. Perdemos lo más para ganar lo menos. Nuestra voluntad de dominar, de domesticar todo, nos vuelve esclavos de nuestra pequeñez. ¡Gracias al cielo el mar no se deja meter en una bañera! —aunque hay lugares, claro, donde le venden al ciudadano albercas con “olas”.

Sólo se puede estar a favor de la construcción de parques, pero es indispensable estar en contra de la destrucción de los bosques. Y Chapultepec es un bosque todavía, no un área de museos. Si se quiere contar con un museo nuevo, magnífico e inagotable, no hay mejor museo que el bosque mismo, que debemos aprender a mirar y admirar con la misma clarividencia con que lo hacía el gran Gaudí, quien dio pie para comprender la naturaleza de su arquitectura con un apunte memorable: “Ese árbol próximo a mi taller: ¡ése es mi maestro!”

Si no aprendemos lo que significa el Bosque de Chapultepec hoy —un mero indicio: es el área verde más extensa de la ciudad—, llegará el día en el que de él nada nos quedará salvo nostalgia.